La estupidez es contagiosa (y II)

Posted on 29 de octubre de 2018 by Rafael Núñez Florencio

Supongo o, mejor dicho, estoy seguro de que se darían cuenta de mis esfuerzos por no entrar en el terreno directamente político al desarrollar algunos de los temas que contiene el *Breve tratado sobre la estupidez humana*, que comenté el otro día. Y eso que a su autor, Ricardo Moreno Castillo, le anima un claro propósito de esa índole, unas veces implícito y otras, las más, bien explícito. En gran medida porque considera –creo que con toda la razón del mundo? que la mayor parte de la estupidez del mundo en que vivimos procede de toda esa serie de cantamañanas que han reflexionado dos segundos y han decidido que el mundo está mal hecho y ellos son los llamados a enderezarlo. Moreno pone múltiples ejemplos de tales especímenes: así, esos ecologistas radicales que hablan de hacer justicia a la Madre Tierra o que, reconvertidos al animalismo, hablan del derecho de una especie a ser salvaguardada, sin reparar en que el derecho es una herramienta creada por el hombre que sólo tiene sentido en la sociedad humana. Por otro lado, la conjunción del pedagogismo moderno con el feminismo provoca vaharadas tóxicas, como esas cruzadas para eliminar de la escuela a todos los autores «machistas», empezando, por ejemplo, con Platón y Aristóteles.

¿Y qué decir de esos mal llamados intelectuales (subvencionados, claro, como los anteriores) que proponen un *Diccionario español-andaluz* o una *Gramática del lenguaje no sexista*? Sin contar los botarates que queman la Constitución, actividad bastante más sencilla que argumentar una alternativa viable, y no digamos ya que escribir otra mejor. Poniéndose un pelín más serio, sostiene el autor que si «tuviéramos presentes los estragos que ha causado el nacionalismo nadie reiría las gracias a los nacionalistas», o si tuviéramos una auténtica «memoria histórica, sabríamos cuántas situaciones políticas que parecían sólidas y estables se fueron al garete de la noche a la mañana por culpa de unos pocos descerebrados». Son todos ellos tontos por dos grandes motivos: uno, porque no son conscientes de sus propias limitaciones; el segundo, por su ignorancia en su más amplio sentido, es decir, porque creen, en su adanismo, que el mundo poco más o menos ha empezado con ellos. Desconocen la historia, el pasado y los errores que nos han llevado hasta aquí y que se supone deberíamos evitar en adelante. Por no saber, ignoran hasta que las tonterías que se les ocurren ya se les han ocurrido antes que a ellos a otros muchos, con resultados igual de desastrosos a los que sucederán cuando ellos las repitan.

En *La tiranía de los imbéciles*, Carlos Prallong adopta una perspectiva diferente, pero claramente complementaria. Su enfoque no es ya, como el anterior, predominantemente político, sino que es político de modo exclusivo. De hecho, su libro puede leerse como un

alegato o incluso un panfleto contra la corrección política al uso, entendida como la apoteosis de la imbecilidad. Ahora es, pues, ya el momento para canalizar sin cortapisas la reflexión sobre la estupidez en este ámbito. De hecho, es el único posible a partir de la constatación que adopta Prallong como premisa o punto de partida: en esta sociedad, «a usted se le considera imbécil». En principio, no estamos diciendo que lo sea o no. La cuestión es otra: se nos trata como a imbéciles. ¿Nos damos cuenta de ello y hasta qué punto es así? Prallong no está muy seguro. Al contrario, reconoce desde el arranque de su libro que «la particularidad más característica» de esta tiranía es que «el propio tirano no es consciente de su condición».

Pero vayamos por partes. El uso del concepto de tiranía puede resultar ambiguo en este contexto. Al hablar de la tiranía de los imbéciles puede entenderse que se califica de este modo, es decir, como imbéciles, a quienes ejercen el poder. La verdad es que, observando a algunos, no sé si muchos, de los dirigentes del actual escenario internacional, nadie podría descartar en principio esta opción. Seguro que usted y yo nos sentimos más que tentados de calificar de imbéciles a algunos de los más prominentes políticos del mundo contemporáneo. Pero no es ese el sentido primordial que guía a nuestro autor. La segunda opción podría asimilar el concepto de imbéciles a los gobernados: unos listillos (los de arriba) nos gobiernan como a imbéciles, a pesar de que estamos en democracia, o quizá paradójicamente por eso mismo. Creyendo vivir en un mundo de libertades, estamos teledirigidos. Esta acepción de la tiranía de la imbecilidad se aproxima bastante a lo que el libro mantiene, pero no es todavía del todo exacta. «En realidad –escribe Prallong?, se trata de algo infinitamente superior», pues «incluso la clase política que padecemos no es causa sino consecuencia del verdadero problema». En definitiva, tan imbécil es el que gobierna como el gobernado. Como vivimos en una democracia, a medio o largo plazo, se produce una confluencia entre el poder y los ciudadanos. Por decirlo en términos rotundos: imbéciles somos todos, no tanto porque en el fondo lo seamos realmente, sino en cuanto que estamos impelidos a comportarnos como tales. De ahí que se hable de tiranía. Y «la tiranía de los imbéciles somos nosotros» (p. 210).

Puestas así las cosas, me permitirán que vuelva a la idea motriz de esta reflexión: la estupidez es contagiosa. En *La tiranía de los imbéciles* no se llega a hacer en ningún momento explícito este planteamiento, pero es obvio que está en la base de todo. Prallong suministra una serie de poderosas razones que permiten entender muy bien esa capacidad de contagio y que, en el fondo, se resumen en una sola: es mucho más fácil y cómodo ser estúpido que su contrario. Yo no sé si la vida es en sí misma complicada o, como dicen otros, somos nosotros, los seres humanos, quienes nos la complicamos. Al final, es lo mismo, o casi. Lo cierto es que, como ha estado martilleándonos la filosofía desde el período grecorromano y luego en la etapa reciente, con Heidegger y Sartre, la libertad puede ser un don, un

privilegio, pero también una carga difícil de asumir. El imbécil renuncia con gusto a la libertad con tal de que lo liberen de la responsabilidad subsiguiente. Muerto el perro, se acabó la rabia. El imbécil delega en los demás, en la sociedad, en el Estado. Así se libera de la culpa. La culpa, como habrán oído muchas veces, es siempre de los otros o externa a él: es culpa de la educación recibida, de la familia disfuncional, de las malas influencias, del entorno degradado, de consejos erróneos, de presiones abusivas o hasta de pulsiones irreprimibles.

La reglamentación es el seguro de vida del imbécil. El estúpido exige normas para todo. Así no tiene que plantearse nada. Sólo tiene que cumplirlas. Si algo sale mal, que a él no le reclamen: se limitó a cumplir la norma. En todo caso, será él quien reclamará si la norma no ha dado el resultado apetecido. Por eso en la sociedad actual hay reglas y pautas para todo, hasta para las cosas más obvias. Y de la misma manera que se nos indica a cada paso lo que debemos hacer, se elaboran listas cada vez más pormenorizadas de lo que nos está vedado. A menudo, todo ello, tanto lo autorizado como lo prohibido, en el campo de la más pura obviedad, pues no se apela tanto al raciocinio como al mero cumplimiento. En los paneles electrónicos de las carreteras españolas es frecuente ver en pleno verano advertencias acerca del riesgo de provocar fuego si se tiran colillas encendidas. Debe de haber mucha gente que no es consciente de ello y, por tanto, a todos se nos mide por el mismo rasero, es decir, se nos trata como imbéciles o, en el mejor de los casos, como menores de edad. Rizando el rizo, y dado que la advertencia no debe ser suficiente, se nos amenaza con sanciones: «Tirar colillas, cuatro puntos». No es que nos den cuatro puntos por tirar colillas, como ha redactado incorrectamente el imbécil de turno, sino que nos quitan cuatro puntos del carné de conducir si nos pillan tirándolas. Así que la autoridad supone que usted se cuidará muy mucho de tirar colillas, no porque pueda provocar un incendio pavoroso con destrucción a mansalva y desgracias personales (y hasta víctimas mortales), sino porque ¡van a quitarle cuatro puntos de su preciado carné!

En alguna ocasión anterior he mencionado esas advertencias absurdas que parecen sacadas de un *sketch* de Tip y Coll o de un monólogo de Gila y que, en todo caso, deberían figurar en el cuadro de honor de un renovado *Celtiberia Show* de Luis Carandell, sólo que ampliado al planeta en su conjunto, porque en este asunto de la estupidez no hay fronteras: nunca fue más cierto que en todas partes cuecen habas. La competencia para llegar a ser el más tonto es feroz. A algunos les pasa como a un conocido intelectual español –no diré el nombre por caridad? que se agarró un cabreo monumental porque quedó segundo en un concurso acerca de la mayor estupidez del año. Consideraba el sujeto en cuestión que alguien le birló injustamente el premio. Pero, volviendo a lo que antes decía acerca de indicaciones insensatas, tengo recopiladas algunas perlas. Así, un cartel en una zona de picnic diciendo

«No haga fuego, puede quemarse». Una indicación al borde de una piscina: «No intente respirar debajo del agua» y otra distinta que advierte: «No se tire a la piscina sin agua». «Este balcón no es un trampolín» (esto debe ser para los descerebrados del *balconing*). Un letrero en un paso de peatones: «Mire antes de cruzar». Un anuncio muy descriptivo: «Hay hielo frío». Un cartel sobre las vías férreas: «¡Cuidado! Puede pillarle un tren». Quien redactó esta prohibición no quería dejar ningún cabo suelto: «Prohibido el paso. Si no sabe leer, pregunte antes». En una reserva de animales salvajes: «No salga del vehículo. Puede ser atacado por las fieras» y, aun así, hay gente que sale y, en efecto, ¡qué curioso!, resulta atacada por las fieras.

Les prometo que no estoy inventándome nada. Ustedes mismos, en más de una ocasión, habrán tenido que rellenar un formulario de entrada en un país extranjero, contestando que no tienen intención de matar al presidente de ese país ni llevan consigo, junto al equipaje de mano, pistolas, fusiles, granadas y otros explosivos. Y todo ello con la mayor seriedad, por supuesto. Les contaré una mínima anécdota personal. Al realizar los trámites para viajar a Israel, un funcionario de ese país me preguntó, antes de sellarme el visado, mi opinión sobre los judíos. Me salió la vena humorística y le contesté que sería mejor pedir un café con leche y un pincho de tortilla y ponernos cómodos, porque la entrevista iba para largo. Enseguida me di cuenta por su mirada de pocos amigos de que lo del humor judío era un tópico bastante infundado.

Es verdad que el turista clásico de grupo organizado, el que pretende conocer siete países distintos en una semana, el de «si hoy es martes, esto es Bélgica», ha constituido desde siempre el epítome de la estupidez. Parecía difícil superar esa estampa de señor de mediana edad con gorrito rojo, camisa floreada, pantalones cortos y sandalias con calcetines blancos. Pero otro de los problemas de la estupidez, amén del citado contagio, es su crecimiento exponencial: no hay situación estúpida, por excepcional que se repute, que no sea susceptible de acrecentarse en todos los sentidos posibles. Mientras redacto estas líneas, reparo en una noticia de la prensa de hoy mismo. Un titular que dice con absoluta seriedad: «Muerte por selfie: 259 fallecidos en los últimos años buscando la foto ideal». Fíjense: no uno, ni dos ni tres descerebrados, ni una docena, ni veinte locos, sino ¡doscientos cincuenta y nueve entre 2011 y 2017! Una cifra, además, que no alcanza a reflejar la totalidad del fenómeno, porque, como el mismo artículo subraya, «el número real de decesos puede ser mucho mayor», dado que muchos accidentes de ese tipo se encubren piadosamente como imprecisas «imprudencias» y, además, junto con los muertos, habría que contabilizar los múltiples heridos y descalabrados al caer por barrancos, precipicios, acantilados o por otros accidentes naturales buscando inmortalizar sus rostros en el encuadre perfecto.

El problema es que estas constataciones acerca de la amplitud del fenómeno de la estupidez

pueden convertirse, según el punto de vista que se adopte, en una enmienda a la totalidad a las tesis de Carlos Prallong. A ver si me explico. Su ensayo, *La tiranía de los imbéciles*, es una crítica a la situación actual, entendida como una *dictablanda* de la estupidez. Bajo la apariencia de sociedad libre («Hablar de sociedad libre ya es de por sí bastante contradictorio», p. 164) se esconde, en realidad, el yugo de la corrección política que cada vez limita más nuestras posibilidades y nos aboca por las buenas o por las malas a hacer lo que *se debe hacer*. En cualquier caso, nuestro margen de maniobra real para pensar y decidir por nosotros mismos se estrecha cada vez más. Dije antes, siguiendo al autor, que se nos trata como estúpidos y ahora añado que eso, a corto o largo plazo, nos convierte realmente en estúpidos. Acuérdense de aquello de que anda como un pato, nada como un pato, vuela como un pato. No le dé más vueltas: ¡es un pato! De este modo, lo que en principio podía ser objetable, la tiranía de los imbéciles, se convierte en necesidad. No hay alternativa: una sociedad de imbéciles necesita ese dogal. La prueba es que se multiplican las normas para satisfacer las demandas del ciudadano imbécil. Terminaremos poniendo carteles al borde de los precipicios diciendo «Cuidado. No se haga *selfies* aquí o terminará espachurrado doscientos metros más abajo». Y si queda un precipicio sin señalizar y alguien se resbala, los familiares demandarán a las autoridades por no poner un cartel advirtiendo del peligro.

Abocados a una perpetua minoría de edad, impelidos a cumplir normas obtusas, tutelados por un Estado omnipresente, como un padre posesivo, el ciudadano del Estado del bienestar cada vez delega más en *otros*. Como quien va al médico y lo único que debe hacer al salir de la consulta es cumplir a rajatabla la prescripción. Pero, así las cosas, la crítica de Prallong corre el riesgo, como he dicho antes, de quedar minada en su propia base. Me temo que yo soy mucho más pesimista que el autor del libro. ¿De qué nos quejamos? ¿De que se nos trate como imbéciles? Pero, ¿acaso no lo somos? Acuérdense de lo que decía antes: la estupidez es contagiosa y se multiplica exponencialmente. Individualmente considerados, no somos más estúpidos que hace un siglo, pero desde el punto de vista colectivo hemos construido una sociedad que es el colmo de la estupidez: nunca en la historia de la humanidad ha habido tantas normas, tanto control, tanta manipulación. Los Steven Pinker de turno resaltarán el lado positivo, como la disminución de la violencia o la mejora de los estándares de vida, y no seré yo quien me obceque en negar los efectos saludables. Pero, en términos globales, esa conquista social se ha logrado primando la igualdad sobre la libertad. Y, como ya dijimos antes, en el conflicto entre una y otra, el imbécil lo tendrá claro: siempre optará por la primera sobre la segunda. Al clavo que sobresale, martillazo.

Cuando se dicen o escriben estas cosas, hay que dejar claro enseguida que uno no está en contra de la igualdad. Pero de la igualdad de partida, de la igualdad de oportunidades para

todos, no de la igualdad de llegada y a golpe de decreto. Cita Prallong a Jean Daniel: «La igualdad sin libertad lleva a la uniformidad y a la tiranía» (p. 153). El imbécil entiende la igualdad como igualdad de principio a fin. Cuando encuentra diferencias, habla de discriminación, y eso le parece intolerable. Si alguien destaca con su esfuerzo o su inteligencia, hablará de elitismo y eso le resulta más intolerable todavía. Al imbécil no le basta con que el Estado garantice un mínimo común de formación, cultura e iniciativas para todos. Necesita la prohibición de todo lo que destaque o sobresalga. Por poner un caso emblemático, la adopción de esos principios por la pedagogía moderna ha llevado al desastre actual de la enseñanza, y de ahí vienen buena parte de los males. A los niños no puede satisfacérseles su sed de lectura a los cuatro o cinco años, sino hasta la edad en que los *pedabobos* dictaminan. Por descontado, cualquier premio a la excelencia está proscrito por discriminatorio. El sobresaliente es una afrenta intolerable en esta nivelación por lo bajo. Por la ley del mínimo esfuerzo, claro.

A estas alturas, debe resultar diáfano que la democracia moderna es el reino del imbécil. El paraíso de los derechos con el mínimo peaje de deberes. A escala psicológica, como ya dijimos, el sistema democrático libera en buena medida al imbécil de la pesada carga de la responsabilidad individual. El estúpido está a sus anchas en ese caldo de cultivo de gregarismo, conformidad y sumisión. ¿Dónde va Vicente? ¡Donde va la gente! En palabras de Prallong, el imbécil camufla «su incapacidad para decidir, su desconocimiento de lo que quiere, tras expresiones como “lo que se lleva”, “lo último”, “lo más”… Incluso ha conseguido que la expresión “todo el mundo” sea entendida como un indicador positivo» (p. 69). No es extraño, por ello, que el estúpido intente diluir su perfil en un colectivo, porque inserto en él se siente más fuerte. Y si ese colectivo logra articular su identidad (?) y sus demandas en tono victimista, tendrá ya coartada para los objetivos más peregrinos. Las minorías y colectivos que consiguen presentarse como discriminados exigirán una reparación. Y si ya no están marginados, apelarán a los sufrimientos de sus antepasados, con el fin de cobrar ahora los réditos. La mentalidad victimista –que no suele coincidir con la víctima real? exigirá compensaciones y desagravios. Y el amparo del Estado por supuestas ofensas. Nunca como antes la sociedad ha dado muestras de tener la piel tan sensible, no ya para determinadas acciones, sino simplemente para acoger algunos vocablos. La dictadura de lo políticamente correcto ha llevado al lenguaje en el ámbito público a la estupidez más desembozada.

Termina Prallong su libro, como era previsible, con un llamamiento al valor, a la acción y la inteligencia para evitar lo peor, «la resignación determinista». Propugna que nos hagamos «merecedores de algo mejor que la tiranía de los imbéciles». Comprendo y comparto el requerimiento, aunque, por un lado, me parece una batalla muy desigual y, por otro, me

tienta la pereza. No obstante, admito que algo habrá que hacer, pues, ciertamente, lamentarse sin más sería una muestra indudable de estupidez. Al fin y al cabo, también esto mismo que estamos haciendo ?yo escribiendo y usted leyendo? es un pequeño paso para liberarnos de esa tiranía.